# “Llegando al N° 60: Evolución del laicismo en Chile”

Iniciativa Laicista ha sido protagonista y coadyuvante de la evolución del pensamiento laicista en Chile durante la última década.

En primer lugar, el laicismo parece haber borrado definitivamente en este período la imagen de ser una fronda atea y antirreligiosa, para pasar a ser considerada una instancia inserta dentro de la reflexión política que procura contribuir al orden republicano, favoreciendo el fortalecimiento de principios de interés general y de bien común en la acción y en las decisiones públicas, al margen de la injerencia en ella de intereses particulares, en especial de las instituciones religiosas. En esta línea se ha depurado la perspectiva laicista, siendo plenamente compatible con la promoción de libertad de conciencia y de la libertad religiosa, ejercidas estas últimas en plenitud como manifestación de creencias, en la vida pública y privada, en el marco del derecho común.

En segundo lugar, el laicismo ha acompañado la maduración política de la ciudadanía chilena en general. La crítica permanente del laicismo a la intromisión religiosa en las decisiones públicas, muy especialmente de la Iglesia Católica, ha tenido eco en el contexto de una masa que fue acumulando querellas en contra del orden establecido y que se posicionó frente a la injusticia y la corrupción que emanaba de las instituciones. La Iglesia Católica reveló la podredumbre que anidaba tras su poder material y espiritual, resultando duramente castigada en la consideración de la ciudadanía. En las magníficas demostraciones ciudadanas del 25 de octubre de 2019, que abrieron las compuertas al desahogo ciudadano y a la posterior búsqueda de una nueva institucionalidad, ha estado presente el aporte de la conciencia crítica del pensamiento laicista.

Por último, el pensamiento laicista se ha ido consolidando en su incorporación al sentido común del ciudadano, entrando a formar parte de la cultura de los nuevos tiempos. Sin embargo, a pesar de que Chile vive un optimista momento de creatividad institucional, este es también de incertidumbre política, en que el anti laicismo se adosa a las fuerzas más reaccionarias del proceso, proveyendo de ideología religiosamente fundamentada a posiciones de poder político y económico. El laicismo no es políticamente de derechas ni de izquierdas, y un amplio espectro de fuerzas libertarias de diverso signo confluyen en él, pero no está exento de recibir embates del más crudo fanatismo, especialmente si viene revestido de una pretendida sacralidad. En esta fase, y en función de la consolidación del orden republicano, resulta imperioso procurar la transformación de ese sentido común laicista en hegemonía cultural ciudadana. Y en esta tarea destaca Iniciativa Laicista.

Carlos Leiva Villagrán
Marzo 2022

Para una revista de ideas en torno a laicismo y libertad de conciencia, financiada exclusivamente por quienes la editan y quienes la leen, es motivo de justa satisfacción haber llegado ininterrumpidamente hasta el número 60, sin considerar los números especiales. Ello habla no solo del compromiso del cuerpo de redacción y de sus colaboradores con sólidas convicciones humanistas que se nutren de una ética laica, también con el propósito de abrir un espacio social donde la libertad de expresión estimule el debate en pos de una sociedad pluralista y democrática.

El decenio que cubren los 60 números de Iniciativa Laicista hasta ahora publicados, da cuenta de una sociedad en franco proceso de secularización, donde la religión fue perdiendo progresivamente su condición tradicional, de integración e identidad pero esencialmente subordinadora y moralizante, en que la voz de las jerarquías de las iglesias principales, la Católica y la Evangélica, ha debido morigerar la arrogancia de hace algunos años, como ejemplo, cuando la expresidenta Bachelet era invitada a sus respectivos Te Deum de Fiestas Patrias para ser fustigada frente a toda la Nación, por atreverse a llevar adelante su agenda valórica.

También el laicismo, en cuanto corriente de pensamiento, ha experimentado en el último tiempo su propio proceso de transformaciones. A mi modo de ver, ha devenido de un periodo de defensa conceptual frente a las intromisiones eclesiales que pretendían uniformar la integridad de la conciencia de la persona humana —sin mencionar los excesos anticlericales y antirreligiosos acaecidos en distintas épocas y lugares—, a una etapa más propositiva en que los valores laicos se van incorporando a las luchas emancipadoras emergentes en la modernidad, por ejemplo en las movilizaciones y demandas de los movimientos feministas, como bien lo ha ilustrado la Revista; o bien, en las actuales interrelaciones entre el crecimiento económico y la dimensión medioambiental, a la luz de los efectos de la colonización y luego del modelo liberal en la explotación de recursos naturales, despreciando las cosmovisiones de los pueblos originarios; sin olvidar tampoco una recurrente argumentación a favor de la evolución de una espiritualidad tradicional, basada en símbolos religiosos depositados en el espacio público —muchas veces vaciados de contenido—, a expresiones laicas que nacen de convicciones éticas o filosóficas y que fecundan en la sociedad el respeto, la solidaridad, la sororidad, la tolerancia, la empatía a la diversidad. Valores que importan a un Estado laico, y que deben ser cultivados, por lo tanto, por medio de una educación nítidamente comprometida con la libertad de conciencia y el bien común.

La superación de una espiritualidad religiosa heredada de nuestra propia historia, en que los conquistados o dominados devinieron en grupos sociales económica y culturalmente marginados, proveídos sin embargo de una visión predominantemente religiosa del mundo, implicaría una mayor comprensión de las personas en cuanto a que una convivencia social solidaria y fraternal depende más de la racionalidad política, que invoca y persuade voluntades humanas, que la espera sin fin de la intervención divina.

Gonzalo Herrera G.
Marzo 2022